

LENGUAS VIVAS

EN TORNO A LA
UNIDAD DIDÁCTICA

Por ISABEL DE ZULUETA

(Catedrática de Francés del Instituto «Jorge Juan», de Alicante)

A finales del pasado mes de febrero y principios de marzo se celebraron en Madrid una serie de reuniones a las que fuimos invitados unos cuantos Catedráticos de Lenguas Modernas de Institutos, entre los que figurábamos algunos que, ya en otra ocasión—en el año 1956—habíamos asistido a una primera asamblea de este género, convocados igualmente por el Centro de Orientación Didáctica de la Dirección General de Enseñanza Media.

En aquella primera reunión se nos dio la oportunidad de cambiar impresiones, dentro y fuera de las sesiones, sobre la didáctica de las lenguas modernas, aplicada especialmente a los alumnos del Bachillerato. Era la primera vez que lo hacíamos, digámoslo así, de una manera "oficial". Entonces no se dijo nada especialmente nuevo, y sin embargo, ¡qué útiles fueron aquellas primeras reuniones para cuantos asistimos a ellas! Era realmente necesario ese tacto de codos entre nosotros, depositarios y responsables de la enseñanza de las lenguas modernas en los Institutos Nacionales. Efectivamente, no se dijo nada nuevo, la novedad para nosotros fue el comprobar que todos, independientemente unos de otros, habíamos llegado a las mismas conclusiones en nuestros laboratorios de clase... Y el hecho de que todos coincidiéramos en las líneas esenciales de nuestra pedagogía lingüística, nos indicaba que íbamos por el buen camino y, por lo mismo, nos alentaba a seguir trabajando con mayor entusiasmo en la ruta que nos habíamos trazado. Ya no éramos individualidades dispersas que creíamos ir por el lugar debido, si bien que carentes de una comprobación o contraste con la labor del resto de nuestros compañeros. teníamos la sensación de haber constituido un equipo organizado y esto nos comunicaba una mayor firmeza en el ejercicio de nuestra labor docente. En aquellas primeras reuniones del pabelloncito de la calle del Pinar, reuniones si se quiere menos estructuradas que las últimas de febrero-marzo de 1961, cambiamos impresiones, pedimos consejo, dimos opiniones, deslizamos sugerencias...; pero todo ello, aunque improvisado muchas veces, fue utilísimo para nuestras cátedras. Aquel intercambio tuvo la gracia de lo espontáneo, de lo que está pugnando por salir en la primera oportunidad que se presente. Entonces, el Inspector D. Luis Grandía procuraba canalizar nuestras energías, se esforzaba porque se rematasen las conclusiones y, gracias a su esfuerzo, se lograron resultados positivos de toda calidad. No tengo a mano las conclusiones y tampoco es cuestión de sacarlas a relucir de nuevo; lo que sí se puede asegurar es que, a partir de entonces, fue cuando se dio un impulso renovador a nuestras clases.

Ahora, me refiero a esta pasada Reunión de catedráticos de idiomas modernos, ha sucedido, en líneas generales, lo mismo que en la anterior del año 1956. Hemos sido más numerosos, las nuevas promociones de catedráticos han puesto una nota juvenil y vigorosa en nuestras filas y, si más de una vez se ha dicho que de los viejos hay que tomar consejo, no es menos cierto que la juventud también puede aportar muchas experiencias a los veteranos... Todas las lenguas que se estudian en la enseñanza media han estado representadas debidamente y la organización de las sesiones, perfectamente conseguida. Las ponencias se han distribuido el trabajo equilibradamente y han ido presentando su labor al juicio de los demás y aceptado todas las modificaciones oportunas. Al final de las sesiones se ha llegado a un co-

mún acuerdo, que ha dado por resultado la conclusión de las ponencias que se publican en este libro, dedicado a la didáctica de las lenguas modernas en el Bachillerato español.

Entre las varias ponencias que se discutieron, me tocó en suerte la de "La unidad didáctica". Por lo que a mí respecta, opino que esta hora y cuarto de clase, dosificada en intensidad decreciente a lo largo de los distintos años que integran el Bachillerato, es la piedra de base del actual plan de estudios. El hecho de que la unidad didáctica dure exactamente setenta y cinco minutos da margen para que la lección se desarrolle con tranquilidad, tanto en la parte expositiva como en la de asimilación por parte de los alumnos; y de igual manera hay lugar para que los alumnos hagan delante del profesor una gran parte de los ejercicios de aplicación. (El ideal sería que pudieran hacerlos todos, y a eso deberíamos tender, pero de sobra vemos que a veces es de todo punto imposible.) Así, pues, la discutida "unidad didáctica" es, en principio, una feliz aportación a nuestra tarea docente. Es indiscutible que la hora y cuarto es menos agobiante que la hora de sesenta minutos para el profesor que tiene 45 alumnos en clase a los que ha de enseñar y cuyo trabajo ha de vigilar y a los que, además, ha de calificar con equidad... Todo esto requiere un tiempo que no se puede abreviar y para lo cual los setenta y cinco minutos de la unidad didáctica vienen de maravilla.

Pero no habríamos hecho nada si no nos detuviéramos a considerar la parte negativa o, por lo menos, discutible de la unidad didáctica. ¿Dónde está el punto flaco? A mi manera de ver está en su distribución a lo largo del Bachillerato. Pero no quiero adentrarme profundamente en esta cuestión, porque eso sería invadir el terreno ajeno. Algún compañero mío tiene la especial misión de ocuparse de esa distribución poco equilibrada de las quince unidades didácticas de los idiomas modernos a través de los seis años de Bachillerato: seis unidades didácticas en segundo, cuatro en tercero, una hora a la semana en cuarto..., y con ella por todo bagaje, se va al examen de Grado Elemental. Inútil decir que los alumnos, preocupados con los problemas de matemáticas y las versiones latinas, no han mirado más que a la ligera los vocabularios y la gramática del idioma en cuestión. Pero sigamos en nuestra rápida revisión de la distribución de las unidades didácticas: en el Bachillerato superior vuelve a intensificarse el estudio del idioma moderno; entonces recuperan tres unidades didácticas semanales, pero en sexto curso, y en vísperas del examen de Grado Superior, obtiene, como en cuarto curso, una unidad didáctica que, al igual que aquella, tampoco puntúa.

Y nos preguntamos: ¿No cabría otra distribución más racional o equilibrada? ¿No se podría quitar alguna unidad didáctica de algún curso y pasársela a otro? Esa unidad didáctica de cuarto y sexto, ¿no podría verse acompañada de otra que diese un poco más de amplitud a ese repaso que precede al Examen de Grado, tanto Superior como Elemental? Si se consiguiese tan sólo una hora semanal de "repaso" en cuarto y sexto cursos no tendríamos que corregir traducciones tan peregrinas como las que caen en nuestras manos en épocas de exámenes...

Pero no nos apartemos del tema y recapitulemos. Ya se han visto las cualidades positivas y de todos reconocidas de la unidad didáctica. Los setenta y cinco minutos que dura permiten al profesor enseñar con reposo y sin agobios de hora; al alumno, trabajar bajo la dirección y vigilancia directa del profesor, el cual, a su vez, puede calificarle sin precipitaciones ni apremios. A continuación, se ha considerado un aspecto de la unidad didáctica que no parece haber logrado una perfección total: la de la distribución equilibrada a lo largo de los seis años de estudio en el Bachillerato. ¿Cabe alguna otra consideración que justifique la discusión de que ha sido objeto en más de una ocasión? Así parece, y es la que presenta un cariz de aspecto económico. De todos es sabido que, en otros tipos

de enseñanza no oficial, no se practica la unidad didáctica en su integridad, pues los setenta y cinco minutos quedan reducidos a sesenta, pudiendo así hacer caber cuatro o cinco horas de clase por las mañanas y tres o cuatro por las tardes, dando la posibilidad de hacer diarias muchas materias que no lo son en el actual plan de estudios, originándose con esto cierta desventaja para el que practica la unidad didáctica. Es un asunto que hay que considerar para que se imponga la estructuración del nuevo plan, cuya piedra fundamental, según se decía más arriba, es la unidad didáctica, y para que, indirectamente, no se cree en los Institutos un ambiente de dificultad para hallar profesores auxiliares en las poblaciones no universitarias. Los Licenciados encuentran fácilmente clases en Centros reconocidos, donde la hora de clase tiene sesenta minutos, cabiéndole la posibilidad de "dar más horas en menos tiempo" que si estuviera en un Instituto. Coordinar didácticamente los Centros oficiales y no oficiales es fundamental.



NUEVA PUBLICACION

DIDACTIQUE DE LA LANGUE ET DE LA CIVILISATION FRANÇAISES

Por LUIS GRANDIA MATEU

(Catedrático del Instituto «Ganivet», de Granada)

Libro del mayor interés sobre los actuales puntos de vista en torno a tres problemas fundamentales de la enseñanza de las Lenguas Modernas, particularmente en España:

- 1) La formación del Profesorado de Lenguas Modernas.
- 2) La renovación de la metodología de las Lenguas Modernas: principios y métodos, horarios y programas, organización de los cursos.
- 3) Actividades para escolares y medios audiovisuales.

Un vol. de 180 págs.

Ptas. 70

Pedidos a:

REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA»

ALCALÁ, 30, 5.º MADRID (14)

*el método ideal
para iniciarse
en el estudio
de idiomas*



PALABRA + SONIDO + IMAGEN

Mirafón

CURSOS BREVES DE ALEMÁN-FRANCÉS-INGLÉS-ITALIANO

- *Texto básico con traducción*
- *Vocabulario y reglas gramaticales*
- *2 Discos microsurco, de 33 r.p.m.*

Cada curso sólo 250 ptas.

Solicite folleto explicativo

* Dirija su pedido hoy mismo a su librería o casa de discos, o a **MIRAFÓN - EDITORIAL HERDER, S. A.**
Avenida José Antonio, 591 - BARCELONA (7)